El fantasma de los pobladores

Eugenio Tironi

CON UNA PERIODICIDAD DESCONCERTANTE, la ciudad de Santiago es remecida por los estallidos de violencia y represión en las poblaciones de su periferia. Caída la noche (cuya oscuridad es reforzada por estratégicos “apagones”) pareciera que un monstruo despertara para que nadie pueda pasar por alto su existencia. Las fuerzas armadas y policiales se ocupan de hostigar, pero, sobre todo, de contener la propagación de la movilización de los pobladores, de confinarlas a su perímetro. En Sudáfrica el propósito no es diferente: impedir que la inevitable revuelta de los negros, obligados a vivir en *homelands* de donde no pueden salir sin autorización, se expanda hacia las zonas exclusivas de los blancos y amenace el sistema segregacionista del *apartheid*. Pero en Santiago los pobladores logran a veces cortar las carreteras que unen a la ciudad con el resto del territorio, y hasta el acceso al aeropuerto internacional se vuelve en esas ocasiones incierto. La sociedad entera es entonces estremecida por el fantasma de los pobladores. Presa de sentimientos contradictorios, que van de la expectación al terror, la población se refugia en sus hogares a la espera del nuevo día, cuando los pobladores volverán a su forzado anonimato.

La “agitación en las poblaciones” (como se le ha bautizado eufemísticamente en medios periodísticos) representa sin duda uno de los mayores desafíos al orden social vigente, así como a cualquiera que se imagine para el futuro. El intento del régimen por fundar una regulación social a partir de la libertad de los mercados terminó de manera brutal, sin ofrecer nada en cambio, con los procesos de integración y movilización social que se habían desarrollado progresivamente en Chile durante casi un tercio de siglo. La revuelta de los pobladores revela el sentimiento de exclusión a que se ven sometidos los chilenos más pobres, su indignación frente al despojo de sus ciudadanías, la impotencia (especialmente de los más jóvenes) ante la discriminación a la que parecen condenados.

Detrás de este fenómeno, por tanto, hay mucho más que “agitación política”, como a veces se intenta argumentar. Por lo mismo el

proceso no se detendrá como efecto de un acuerdo entre directivas de partidos políticos, aunque esto puede ser un factor que contribuya. En otros términos, no se puede sustituir la ilusión contractualista neoliberal por otra del mismo cuño; a saber, que la cohesión social resultará automáticamente de la suscripción de un pacto político. El fantasma de los pobladores tiene la impagable virtud de poner de manifiesto en la vida ordinaria de los chilenos el problema de las condiciones sociológicas de la democracia; o, dicho de otro modo, la cuestión candente de la integración social.¹

A partir de motivaciones de esa especie iniciamos hace unos meses una exploración en el espacio urbano-popular, preguntándonos —un poco en contra de la evidencia acumulada— si se puede hablar de los “pobladores” como de un actor social.² No se trataba, por cierto, de adoptar un enfoque voluntarista. Al contrario, nada está más lejos de nuestro espíritu que la mitología populista que ve al “pueblo” *per se* como un protagonista social dotado incluso de conciencia. Los resultados de la investigación son todavía provisionarios y parciales. Con todo, algo se puede adelantar sobre las orientaciones “reivindicatorias” y “comunitarias” en el universo que por convención seguiremos llamando poblacional. Se debe hacer notar, especialmente, que su neta diferenciación es precisamente el signo de la ausencia de un actor social en este campo.

La frustración del dirigente poblacional

Lo primero que llama la atención es encontrar una suerte de “clase de los dirigentes poblacionales” hoy en día invadida por la frustración porque, a la vez, se siente privada de influencia (frente a los poderes públicos y los partidos políticos) y abandonada por la gente, por la base de los pobladores.³

El dirigente lo ha sido durante muchos años (en el sindicato, la Junta de Vecinos, la Junta de Abastecimientos y Precios, el Comité de

¹ E. Tironi, “El problema de la democracia”, *Mensaje*, núm. 339, junio de 1985.

² En la investigación participan E. Valenzuela, V. Espinoza, P. Saball, F. Echeverría y el autor. Este estudio lo realiza el SUR en convenio con el Centro de Análisis e Intervención Sociológica de la École Pratique des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Por la contraparte francesa ha participado el sociólogo François Dubet. El material de la investigación está contenido en *Documentos de Trabajo* del SUR, núms. 44 al 48. Respecto al método empleado (la “intervención sociológica”), ver A. Touraine, *Le voix et le regard*, París, Le Seuil, 1978. También, A. Touraine, “Introducción al método de la intervención sociológica”, *Estudios Sociológicos*, núm. 11, mayo-agosto de 1986.

³ E. Tironi, V. Espinoza, F. Echeverría, “La acción reivindicativa”, SUR, *Documento de Trabajo*, núm. 47, 1985.

deudores. . .): no se trata de una condición pasajera sino de una actividad ordinaria que envuelve motivaciones personales profundas. Viene su condición como una vocación identificada con el "desarrollo de la comunidad", no con la política en un sentido partidista o ideológico. Pese a las incomprendiones el dirigente no desea abandonar su función porque ella le da acceso a una modesta gratificación: escapar aunque sea mínimamente de la segregación, reducir las distancias sociales, diferenciarse del resto de la gente. Su objetivo principal es precisamente la integración social. El blanco privilegiado es el Estado: su relación con él es contradictoria porque es, de una parte, el antagonista que le niega los recursos para ese fin, y, de otra, el aliado cuyo concurso necesita el dirigente para construir y mantener su ascendiente sobre la gente. Otro punto de apoyo son los partidos políticos, cuyo soporte incrementa la capacidad de negociación sobre la autoridad pública. La política y la democracia, en este sentido, son concebidas como sistemas abiertos de procesamiento de demandas. Las experiencias del pasado, sin embargo, hacen de aquella un campo de recelos y recriminaciones; quizás por lo mismo, tienen la ilusión de que el entendimiento entre los políticos creará la "unidad de los pobladores".

Pero esos rasgos comunes no agotan la descripción del dirigente poblacional. Hay diferenciaciones internas a partir de las cuales se puede ensayar una suerte de tipología. Por un lado está el dirigente negociador abocado pragmáticamente a la solución de problemas (casos) de índole individual sobre la base de las gestiones de la directiva y con total autonomía de los partidos políticos. Por otra parte está el dirigente comunitario, aquel preocupado de la promoción integral de las familias y de la toma de conciencia al margen del divisionismo que producen los partidos. Hay también un tipo de dirigente reivindicativo que actúa pragmáticamente tras soluciones (como el negociador), pero que organiza a la base para elevar la capacidad de negociación, involucra a los partidos como respaldo, y culpa de los problemas al "sistema". Por último está el activista, o sea el dirigente que prescinde de los problemas individuales inmediatos, ejerce una función pedagógica sobre la gente para que entienda las causas estructurales de sus privaciones y apunta prioritariamente a su movilización política según orientaciones partidarias.

Todas esas lógicas de acción, sin embargo, desembocan hoy por hoy en la frustración de los dirigentes poblacionales. El negociador no puede ofrecer soluciones porque son escasas y pasan directamente de la repartición pública al poblador. El comunitario, por su parte, no tiene acceso a recursos para impulsar la "promoción popular". El reivindicador no tiene en el Estado un interlocutor que se sitúe frente a él en posición de negociación, ni base organizada ni apoyo político que sirvan de instrumentos de presión. En fin, el activista no logra generar situaciones de conflicto: cuando se producen son efectos de cir-

cunstancias nacionales fuera de su control (las "protestas", por ejemplo) o estallidos extraños a todo discurso político, como la acción de los "volados" o la movilización de las mujeres para que no cortaran la donación de leche en los Consultorios (junio de 1985).

El régimen autoritario, la exclusión y la crisis económica, han llevado a la crisis de la acción reivindicatoria; crisis que no difiere mayormente en sindicatos y poblaciones. Ni en el Estado, ni en la gente, el dirigente encuentra la receptividad que necesita para cumplir con su papel tradicional de articulador. Los afecta sobre todo la indiferencia de los pobladores ante sus llamados, la ingratitud ante sus esfuerzos. El sentimiento de abandono vale también para los partidos políticos, que los han dejado solos en estos años: la Iglesia, al contrario, jamás los ha abandonado. Y comparan con amargura su suerte con la del dirigente sindical, que ha conquistado un espacio en la clase política de oposición y, desde allí, un liderazgo político hacia los sectores populares. Porque el dirigente poblacional sabe que su supervivencia está asociada al recurso a la política;⁴ pero sin la trayectoria del sindicalismo, es difícil que pueda tener acceso a ella.

El repliegue a la comunidad

Pero hay también otras reacciones frente a la crisis de la acción reivindicatoria. Las hay de tipo estrictamente individual: el abandono, por ejemplo, de toda función pública; de tipo económico, como la apatía o la adaptación delictiva, y se presentan también reacciones colectivas pero de tipo defensivo, como es la reconstrucción de comunidades secundarias, o sea fuera de la familia. Esta última es una tendencia que ha alcanzado proporciones significativas y sobre la cual se pueden emitir algunos prudentes comentarios a partir de nuestra investigación.

Se puede hablar, sin una sombra de duda, de un renacimiento comunitario en el mundo popular (y, seguramente, no sólo en él). Éste se identifica básicamente con pautas de acción colectiva no institucionalizadas, con una fuerte vivencia religiosa (cristiana y evangélica) y, en muchos casos, con la contraposición del mundo popular con los "valores de la clase media". Se trata ciertamente de una reacción frente a los procesos desintegradores que trajo el ensayo de mercantilizar las

⁴ Este fenómeno fue advertido por V. Espinoza, "Los pobladores en la política", SUR, *Documento de Trabajo*, núm. 27, 1985. Según lo comprobamos en nuestra investigación, los dirigentes del tipo "negociador" y "reivindicatorio" se vuelcan a la política según una lógica pactista, con predominancia social el primero y política el segundo; los "comunitarios" y "activistas", son más bien proclives a la "unión del pueblo" o "de la clase".

laciones sociales que, como se dijo, significó la ruptura con los procesos de movilidad social de los decenios previstos a 1973. El recurso a comunidad responde a una búsqueda de protección en certezas fundamentales, en la fusión con los iguales, en el afecto, la ética o la historia; es, en este sentido, un rechazo al tipo de modernización que impuso este régimen y una compensación al vacío que dejó la cancelación del modelo de la "promoción popular".

P. Saball y E. Valenzuela han distinguido las diversas formas que a adoptado este renacimiento comunitario.⁵ Una de ellas es el comunitarismo profético o ético, con una identidad eminentemente afectiva que rechaza las mediaciones institucionales y la política entendida como actividad racional con arreglo a fines: el principio básico es la defensa de los derechos humanos frente a la acción de todo poder; su parusia* es el comunitarismo total; el paradigma individual es el sacrificio profético (el testimonio). Hay también un comunitarismo obrero, aquel que rechaza a la vez la corporativización y la politización de la acción sindical y recuerda con nostalgia el sindicalismo de tipo comunal organizado sobre el valor ético del trabajo frente a un mundo capitalista en descomposición. Se observa también una fuerte expansión del comunitarismo evangélico, aquel del mundo popular sometido a la exclusión y desintegración más radical y que apela a la fe como única esperanza de salvación ante la hostilidad de la historia, ante una situación existencial de desorden y miseria. Por último se puede identificar un comunitarismo más político, que persigue realizar las expectativas frustradas de movilidad social por la vía de un populismo cristiano.

Los límites de esas diversas formas de acción comunitaria son evidentes para sus propios protagonistas, con la excepción del caso evangélico o pentecostal. Ellos sobresalen con el máximo de claridad en coyunturas de mayor movilización y politización: salen a la luz, en particular, las limitaciones de la acción comunitaria en términos de la transformación y estabilización democráticas, su insalvable incompatibilidad con el mundo institucionalizado y, en el medio popular, con los partidos políticos. La anteposición de la ética a la política tiene el riesgo de precipitar hacia conductas fundamentalistas; pero el comunitarismo es también un movimiento de crítica moral y de experimentación social que podría llegar a ser muy saludable para un futuro orden democrático. Sus limitaciones, sin embargo, conducen hoy por hoy a un doloroso pero inevitable redimensionamiento del comunitarismo.

⁵ P. Saball y E. Valenzuela, "La acción comunitaria", SUR: *Documento de Trabajo*, núm. 48. 1985

* El segundo advenimiento de Cristo al final de los tiempos.

El recurso de la violencia

La acción social en el medio popular urbano se ve polarizada entre, por una parte, la actividad heterónoma de dirigentes reivindicadores que carecen de medios para ser efectivos y reproducir su representatividad y, por la otra, un comunitarismo defensivo en algunos casos indiferente, en otros impotente, y en otros reactivo frente a la política. Estas dos orientaciones polares, en fin, se hallan internamente diferenciadas; todo lo cual implica que una común hostilidad al régimen no se plasma en un movimiento social popular compatible con un proceso de democratización.

En efecto, la crisis de la acción reivindicatoria y los límites del comunitarismo desembocan en un fenómeno que evidencia una situación de descomposición aún más aguda: la violencia en sus versiones política y social. La violencia es la respuesta a una doble fractura: la primera es aquella entre la clase política, en cuyo seno buscan replegarse los dirigentes reivindicadores así como lo hicieron antes los sindicalistas, y la vida comunitaria que cotidianamente rechaza a la política; la segunda es la fractura entre las poblaciones, suerte de *homelands* adonde están siendo confinados los pobres urbanos, y el resto de la sociedad cuya cohesión descansa crecientemente en esta discriminación geográfica y social.⁶

Entre comunidad y política, entre las poblaciones y el resto de la ciudad, hay sólo un vacío que tiende a ser llenado por la violencia (especialmente de los jóvenes). La represión política no es un dique, porque lo único que logra es hacer más hiriente la distancia. La única fuerza capaz de contener esta violencia es la Iglesia, institución que hace de puente entre esos dos mundos y con ello acorta la distancia, reduce el vacío. Un papel decisivo cabe en este aspecto a los "curas" cuya autoridad es reconocida por los pobladores porque han estado incondicionalmente con ellos, y que tienen medios para burlar la segregación y conectarlos con el resto de la sociedad.

Conclusión

La "agitación de las poblaciones" es apenas un fantasma del actor social popular que se conoció en Chile, aquel dueño de un proyecto his-

⁶ En los últimos cinco años han sido "erradicadas" en Santiago alrededor de 150 000 personas (vale decir, el equivalente a la ciudad de Talca). La política de "erradicación" consiste básicamente en confinar en la periferia de la ciudad a los sectores más pobres que vivían en campamentos incrustados en zonas geográficas socialmente más valoradas (comunicación de A. Rodríguez).

orio identificado con el Estado, la industria y la democracia, ímeramente cohesionado en torno a los trabajadores, que actuaba —en in— a plena luz del día. A primera vista no hay aquí una demanda opular por democracia ni una garantía de respaldo.

Una condición de la democracia será pues sacar a los pobladores le su estado fantasmagórico. La clase política tiene que asumir la movilización de los pobladores y no manipularla en función de estrechas estrategias de poder ni tomarla como una “amenaza” a las mismas. No puede tampoco confiar eternamente en el papel de la Iglesia: los partidos tienen que hacer frente a la violencia llenando el vacío que hay entre la sociedad y las poblaciones, entre los círculos políticos y la sobrevivencia comunitaria. El papel que desempeñarán en esto los dirigentes de origen sindical y poblacional será seguramente insustituible.